

Entre rupturas y continuidades: *La literatura iberoamericana del siglo XVIII* de Juan Durán Luzio¹

Ligia Bolaños Varela

Centro de Estudios en Identidad y Cultura Latinoamericanas de la Universidad de Costa Rica

“De uno u otro modo, lo cierto es que el proceso literario es activo y variado durante todo el dieciocho y prepara el surgimiento de las letras decimonónicas que de manera más categórica y libre definirán a la literatura y a la cultura continentales, y las situarán en el domicilio propio de la modernidad”... “En todo caso, la historia de la literatura hispanoamericana del siglo dieciocho pareciera escribirse una década antes del comienzo del 1700: en 1691, cuando la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz fecha su famosa carta de Respuesta a sor Filotea de la Cruz...” (Durán Luzio: 2005, pp. 14-15).

Juan Durán Luzio es autor de numerosos trabajos sobre la producción literaria latinoamericana, entre ellos se encuentran: *Poetas y prosistas del Renacimiento* (1978); *Creación y utopía. Letras de Hispanoamérica* (1979); *Lectura histórica de la novela El Recurso del Método* (1982); *Bartolomé de Las Casas ante la conquista de América. Las voces del historiador* (1992); *Entre la espada y el falo: la mujer americana bajo el conquistador europeo* (1999); *Siete ensayos sobre Andrés Bello* (1999), y *Senderos de identidad. Diez ensayos sobre literatura costarricense* (2003).

1 Juan Durán Luzio (2005). *La literatura iberoamericana del siglo XVIII*. Heredia, Costa Rica: EUNA. Todas las referencias textuales están tomadas de esta edición y se indicará únicamente el número de las páginas correspondientes entre paréntesis al final de la cita.

De trascendencia internacional, sus trabajos han orientado la lectura crítica de la producción literaria desde lo monográfico a lo panorámico, desde el interés particular por ciertos géneros y temáticas a miradas más generales sobre una literatura siempre problemática y problematizadora de las realidades culturales del continente.

En este caso nos ocupa la atención uno de los segmentos más interesantes desde el punto de vista de la construcción y definición del campo literario en América Latina, y en este intento se ponen también al descubierto maneras de conceptualizar la producción cultural del continente, sus relaciones (importaciones y exportaciones culturales), fundación de tradiciones, interpretaciones y conclusiones sobre maneras de pensarse, expresarse y comprenderse.

I.

0.1

Desde la introducción están claramente establecidas algunas de sus premisas de partida, por ejemplo, la inclusión del epígrafe de Octavio Paz: "Desde su nacimiento en el siglo XVIII, la literatura moderna ha sido una literatura crítica, en lucha constante contra la moral, los poderes y las instituciones sociales" (tomado de Octavio Paz, *El ogro filantrópico*, Durán Luzio, 2005, p. 8), pareciera proponerse como un programador de lectura que va orientando al lector en la búsqueda de aquellas condiciones y situaciones de la producción del dieciocho que de una u otra manera generan la fundación de una escritura "latinoamericana".

En general, durante el dieciocho se continuó imitando fórmulas léxicas, sintácticas o temáticas ya demasiado utilizadas, o se guardaba silencio; y los literatos de América, por su marcada condición colonial, por su dependencia ante instituciones siempre vigilantes, por su aislamiento secular, por la misma marginalidad del criollo, hicieron de su actividad una mucho más de repetición; de acatamiento acentuado antes que de creación contestaria, aunque no de obediencia política incondicional. Literatura de aceptación antes que de lucha u oposición, hasta que le llegó su hora; y es apenas hacia finales del siglo, o en vísperas ya de la independencia, cuando los escritores osan desafiar abiertamente el cosmos colonial para terminar de liberarse, al menos políticamente (p. 14).

0.2

Por otra parte, las claves de la periodización también se indican al introducir el estudio, tomando como referencia ineludible la escritura de Sor Juana Inés de la Cruz (Respuesta a sor Filotea de la Cruz, 1961) y su muerte. Del texto literario al texto cultural, con dificultades de constreñirse entre los propios límites seculares;

De tal modo, se cierra con la muerte de Sor Juana un ciclo de la época colonial y se da paso a otro bajo nueva dinastía: la de los franceses, que habían vencido a los austriacos y a sus aliados ingleses en la pugna por el trono del imperio, después de quince años de violenta guerra (16) (...). Será recién a finales de la segunda mitad del mil setecientos cuando se comienzan a sentir cambios, y aspiraciones de cambios, en la sociedad, en la mentalidad y en la cultura virreinal. En lo literario se apunta hacia direcciones diferentes con respecto a las tendencias formales, léxicas y sintácticas consagradas por el modelo barroco peninsular y católico que había sido por más de un siglo la línea dominante. Pero en la primera parte del dieciocho no se avizora ninguna ruptura cultural concluyente entre la metrópoli y sus posesiones americanas: la mayoría de los autores continúan creando bajo modelos peninsulares y, cuando más, introducen adaptaciones en cuestiones de lenguaje las que, por la presencia del mundo tan diverso al que se refieren, van a ir imponiendo su peculiaridad (pp. 18-19).

Dentro de la línea inaugurada desde el epígrafe, la escritura de Sor Juana muestra también (...), su capacidad para superar los modelos en boga y formular por medio de una prosa analítica y metódica un razonar profundo que es, además, la primera expresión genuina sobre la condición de la mujer, y del criollo en general, y su reclamo de derecho al pensamiento libre y universal, en un orden colonial regido por los poderes absolutos del virrey de la Iglesia y de las tradiciones (p. 15).

Así queda definida otra de las directrices de lectura-escritura (análisis-interpretación) que engarza con la lectura de Pedro Henríquez Ureña y los estudiosos de la literatura que se dan a la tarea de proseguir la búsqueda de la "denominada expresión del continente", recordando aquella afirmación de que la expresión literaria solo se produce en un continente que se autoafirme en sus identidades y se reconozca a partir de la diferencia de la o las metrópolis. La gestión criolla emerge como una de las condiciones fundamentales pues, para la existencia no solo de un proceso que se genera entrecruzando tiempos y espacios, sino también cuando en él se resuelven las especificidades que poco a poco van a constituir las particularidades del continente.

El caso concreto y las diversas inserciones de esas voces en el contexto literario y cultural evidencian la pluralidad de ritmos e interconexiones textuales que van construyendo el elaborado mundo especialmente letrado del siglo dieciocho y sus interpolaciones en los siglos XVII-XVIII y XIX.

0.3

Las precisiones anteriores repercuten o más bien asumen, una posición definida desde el inicio sobre aquella concepción de literatura que más se adecua al siglo en estudio, y al mismo tiempo elementos importantes para la valoración de las mismas.

El pensamiento, el concepto orienta esta creatividad más que la imagen, más que la ficción. Además, la Ilustración, en un sentido lato, había impuesto preferencias por géneros no ficticios, como los tratados, las memorias, los diccionarios; en este sentido, literatura debe entenderse entonces como escritura en el sentido amplio (...) y cuando los textos no descuellan por su fuerza intrínseca, lo harán por su interés histórico: resultaban se la diáfana expresión de la sociedad criolla y sus crisis, su lucha por empezar a ser ella misma (p. 14).

II.

Es intención de este comentario destacar algunas pistas de investigación que, dentro de la "muestra azarosa" seleccionada por el autor, ofrece interesantes trazos de los distintos contornos culturales del continente. Desde el primer capítulo hasta el último se evidencia un esfuerzo por reconstruir de cierta forma una geografía cultural del siglo XVIII, se avanza desde Nueva España, Lima, Santiago de Chile, Nueva Granada hasta la inclusión de la región centroamericana. La organización de los capítulos está orientada, nos parece, a partir de la dinámica de un siglo que tal y como lo señala el autor se presenta como un pórtico para las grandes transformaciones del siglo XIX en América Latina.

El capítulo 1, que lleva como título *Apertura de siglo*, se encuentra representado por Peralta y Barnuevo –Lima–, la experiencia conventual de Josefa de la Concepción de Castillo y Úrsula Suárez de Escobar de Nueva Granada y Santiago de Chile respectivamente y por Cabrera y Quintero y Ruiz de León en Nueva España. Justifica la elección del primero (Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides), su prolífica actividad escritural que "incluye desde poema épico, versos de ocasión y abundante prosa no ficcional, científica, de información e histórica". Llama la atención que su obra, aparecida en Lima en 1730, procura presentar en "más de mil seiscientas páginas una especie de crónica erudita, desde los orígenes mismos de esa nación, hasta un tiempo cercano donde él entiende que se halla la nación vindicada" (p. 27).

Si bien, la precisa referencia a las obras de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides es abundante, el ojo del investigador no pierde de vista los ejes fundamentales de lectura: por una parte, se señalan las escrituras modelizadoras imperantes (entre ellas: Corneille, Góngora "idea de la literatura como retórica y pulimento de lo formal"), y frente a ellas emerge la dinámica propia de la

naciente nación criolla; Durán Luzio destaca de esta forma (identificando con ello la diferencia americana), la valoración de Peralta por “la admiración popular que ya existe por el fraile mulato Martín Porras”, es más observa de manera importante para el análisis del período y la gestación de las primeras prácticas de carácter independentistas que “como escritor, el tratadista es más libre; el literato más sujeto a las normas” (p. 31). Sujeción a las normas literarias, sujeción a las restricciones del Santo Oficio, el incipiente ámbito de producción literaria se inserta en dinámicas de producción que en nada contribuyen al desarrollo de alguna manera ‘autónomo’ de las letras del continente. Esta es otra de las facetas importantes de las articulaciones previstas por la investigación de Durán Luzio: la presentación de ciertos de los mecanismos de circulación y legitimación de los escritos. Propuestas de concursos con temáticas asignadas parecieran indicar que el campo de ‘lo literario’ en esta apertura del siglo, no es el ámbito posible para la expresión de esa diferencia americana. Más aún, los resultados poco alentadores se resumen como “Aquí, catorce poetas universitarios entre estudiantes y profesores, contribuyen con sus variados versos en un volumen también típico del tardío culteranismo colonial” (p. 34).

En el caso de Josefa de la Concepción de Castillo y Úrsula Suárez Escobar se explora, de manera novedosa, no solo la escritura de mujeres de la época, sino uno de los más importantes espacios de producción intelectual: la vida conventual. Como espacio de producción, circulación, preservación de las práctica letradas en América Latina, la vida conventual está considerada en este estudio, justamente como un centro de producción donde se establecen también intercambios e interrelaciones continentales, “Otro dato curioso acerca de la formación de esta intensa escritora (Francisca Josefa de la Concepción de Castilla-Nueva Granada): hasta Tunja, pueblo entonces de tres mil habitantes, habían llegado noticias y hasta libros de sor Juana Inés de la Cruz, algunos de cuyos poemas religiosos había copiado en sus cuadernos...” (pp. 42-43). El análisis del espacio cultural se ve enriquecido por la mención de la introducción de las nuevas tecnologías: la imprenta, que en Nueva Granada es una novedad del siglo XVIII. El caso de Úrsula Suárez Escobar, la vida conventual representa “el cerrado espacio del convento permitía, sin embargo, el acto paradójico de una escritura personal y rebelde, aún cuando esta no pudiese alcanzar la libertad creativa que maduraría con el siglo” (p. 48).

Es importante anotar como uno de los importantes aportes y al mismo tiempo pista de investigación la labor de reconstitución del pasado prehispánico que emana de la labor de frailes y clérigos durante el período y la indicación de esta escritura de carácter más personal y poco conocida que vehiculó la escritura de mujeres desde muy temprano en los inicios del siglo XVIII.

Los últimos exponentes de “La apertura del siglo”, Cayetano Javier Quintero y Francisco Ruiz de León, sirven de pretexto para lanzar algunas hipótesis en

cuanto a ciertas tendencias de escritura del período; “Una revisión de los títulos publicados por las imprentas de Lima y México durante este siglo muestran el clarísimo predominio de obras destinadas a la difusión del catolicismo; el auge demográfico que vuelven a experimentar las colonial luego del desastre poblacional del siglo de la conquista pone frente a las demandas de la Iglesia una enorme cantidad de mestizos, muchos de los cuales aún deben haber permanecido en un estado religioso intermedio” (pp. 54-55), y sin embargo estas necesidades de evangelización, alternan con “preferencias líricas de inicios de siglo” (p. 53) y las “obras de ocasión... Sorprende el número de obras conmemorativas, necesariamente pasajeras y de poco alcance, a las que se ve tan expuesto el intelectual de las colonias” (pp.49-53). Como parte de esas diversas tendencias escriturales, la relectura del pasado prehispánico y el descubrimiento, conquista y colonización ocupan también un lugar en las diversas representaciones discursivas del momento. Interesa la textualización de las escrituras de la conquista, la lectura a partir de la conformación de la nación criolla, en Ruiz de León, por ejemplo. “Pero, en la oscilación propia del intelectual criollo, no puede menos que referirse al territorio, al espacio geográfico que han ganado los españoles, como uno incomparable y óptimo” (p. 58). Importante observación que recuerda de manera significativa las primeras escrituras de las relaciones geográficas que, como práctica modelizadora siguen vigentes entrado el siglo XVIII y responden a los intereses particulares de la corona y a los propósitos evangelizadores en muchos de los casos.

El capítulo 2, *Ecos de la Ilustración*, se inscribe, de la misma manera que el anterior, dentro de la geografía colonial: Nueva España, Lima, Caracas y Ecuador, trazando un recorrido a lo largo del continente mediante la recuperación de ciertas de las figuras más importantes, con la intención de que el trazado logre mostrar un entramado sutilmente perfilado. En esta línea de trabajo hay importantes pistas a la par del proceso por el cual, lentamente, la ciudad letrada se abre paso y en la inmensa sociedad rural que fue el dieciocho iberoamericano, además de la creación literaria se registran también muestras de los estudios literarios y bibliográficos entonces emprendidos con rigor; se cultivan en los claustros universitarios de las ciudades principales que concentraron la vida académica (p. 63).

Se apunta, en este capítulo, como punto de referencia el mayor alejamiento de la pertenencia y reconocimiento a los modelos imperiales. Conforme avanza el desarrollo de la obra, Durán Luzio se propone evidenciar la paulatina adscripción a la naciente ciudad criolla: en relación con *Biblioteca mexicana*, de Juan José de Eguiara y Eguren, el investigador señala “*El orgullo que siente por su Patria –y por la universidad de la que había sido rector– lo lleva a empeñarse en la recolección sistemática de la bibliografía publicada en la Nueva España hasta la fecha, previniendo, además, que el tiempo, los incendios o la indiferencia del público por los libros hiciesen que ese invaluable acervo cultural, ya mexicano, desapareciese irremediadamente*” (p. 63) [Las itálicas son nuestras]. De la misma manera

que en el capítulo precedente, la biografía insiste sobre aquellas condiciones particulares que le permiten al autor(a), autores participar en la vida intelectual de la región. Tal el caso citado "la *Biblioteca mexicana* concede a Eguiara el rango de ser el autor del primer catálogo y sinopsis biográfica de escritores de una región particular de Hispanoamérica" (p. 65). Es más, "Su actitud adelanta la de otros criollos que durante la segunda mitad del dieciocho se iban a sentir llamados a la defensa del mundo nativo ante los embates de una ciencia europea que caía en persistentes campañas por rebajar lo americano" (p. 67). *Ecos de la Ilustración* es, desde sus inicios, un capítulo dedicado a la afirmación de la nación criolla, la recuperación bio-bibliográfica se inscribe dentro de la línea estructuradora de lectura y señalada enfáticamente desde la introducción. Corresponde al peruano José Eusebio de Llano Zapata la producción de "Carta persuasiva al señor don Ignacio de Escandón [...] Sobre asunto de escribir la historia literaria de la América Meridional, publicada en Cádiz en 1768" (70). Interesa destacar la presencia y validez de la periferia ante la metrópoli; de ese énfasis por la diferencia y las prácticas de autoafirmación: el sujeto cultural 'hispanoamericano' se va articulando en la escritura de estos importantes compendios historiográficos. "(...) y entonces Llano urge a Escandón para que salde esas faltas que demeritaban al criollo en Europa: la escritura, el libro, eran pruebas de civilidad y de inteligencia, y era urgente que los americanos aportaran esas pruebas en el debate que sobre ellos se abría en el foro cultural del Viejo Mundo. Esta es la razón de la exhortación de Llano y el motivo que, al mismo tiempo, lo va definiendo como un hispanoamericano ya consciente de sus particularidades" (p. 74). Del modelo de las Relaciones geográficas al *Diccionario Geográfico histórico de las Indias Occidentales o América*, de Antonio de Alcedo y Herrera, ecuatoriano cuya obra "se propone una historia general de América, pero se inclina por un diccionario, con noticias más puntuales y prácticas" (p. 78), inaugurando así el modelo enciclopédico.

Este capítulo tiene importancia en cuanto al surgimiento de modelos discursivos, otros de los modelos predominantes en los siglos anteriores. Rupturas dentro de ciertas continuidades. "El suyo es el primer diccionario de americanismos y, según declara Alcedo en su prólogo, también el primero en abarcar la totalidad del Nuevo Mundo hispánico escrito en lengua castellana" (p. 79). Es el siglo XVIII fundamental en las relecturas del continente, ¿estaremos frente a nuevas modalidades de fundación? "No menores esfuerzos por crear y alcanzar conocimientos útiles, por difundirlos, por contribuir al mejoramiento de su provincia son los que realiza en la Nueva España José Antonio Alzate y Ramírez Cantillana" (p. 83). Los cambios continúan como reformulaciones de modelos anteriores, tal el caso de Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, quiteño; su obra [*El Nuevo Luciano de Quito, o despertador de los ingenios quiteños en nueve conversaciones eruditas para el estímulo de la literatura, 1779*] consiste en nueve conversaciones o capítulos entre estos dos personajes ficticios

en las que abordan temas de filosofía, teología, retórica y poesía, todos en torno al asunto general de la educación que recibía la juventud (p. 100). El análisis en la constitución del campo cultural-literario va estrechamente relacionado con la apropiación de ciertos registros elocutivos, ciertos modos de difusión y la asunción de ciertas temáticas o modos de escritura dentro del reconocimiento de las particularidades de las provincias americanas. En este sentido, para Durán Luzio, tanto la Ilustración como el desarrollo del siglo XVIII marcan la diferencia en la escritura iberoamericana. Es ahí donde se evidencia la ruptura, más allá de cualquier otra consideración sobre las posibles continuidades del régimen colonial. "Luego de negar reiteradamente ser autor del libelo antimonárquico, Espejo es exonerado de los cargos y se le envía de vuelta al Ecuador, pero el que regresa a Quito es ahora un definido revolucionario anticolonial" (p. 108).

En el capítulo 3, *Acerca de los teatros y de la crítica*, las continuidades con el régimen colonial se muestran en la preeminencia del carácter evangelizador de la práctica teatral y sobre todo de la ocupación de los espacios públicos. Nuevamente, y dentro del análisis del siglo, los ritmos se muestran diversos, advertencia para el trabajo de la colonialidad tardía: "El teatro no floreció mayormente durante la primera parte del siglo ilustrado y casos de dramaturgos como el de Peralta Barnuevo son excepcionales. (...). En general, la tendencia dominante del teatro serio de la época en España resulta ser una de intención moralizadora y educativa; y es explicable, pues la Iglesia había librado una batalla en contra de las representaciones escénicas, las que consideraba amenazantes para las costumbres tradicionales" (p. 112). La intervención de la Corona, la presencia religiosa, el celo por resguardar el carácter normativo de las prácticas culturales parece debilitarse avanzado el siglo, donde es posible identificar cierta secularización del teatro. La alternancia con otras representaciones ancladas en las comunidades indígenas, el carácter híbrido que van alcanzando algunas de esas representaciones no parecen articularse a las posibles manifestaciones públicas tan importantes durante los tres siglos del segmento colonial. El interés del investigador se encuentra más focalizado en la producción de dramaturgos destacados en el ámbito intelectual del momento. Otra pista interesante es que si bien la selección opera dentro del espacio de lo letrado, la línea de la diferenciación también se busca establecer. "Aunque la obra alcance mayor altura, cumple el autor con la demanda básica del gusto neoclásico de aportar cierta enseñanza por medio de la representación de costumbres populares" (p. 119).

La selección se vuelca hacia las consideraciones generadas por la escritura de circunstancia que se va a encontrar como modelo de ruptura con el régimen colonial, así: "Otro tradicional recurso literario es redescubierto en el siglo de la razón (...). Y en América este cultivo se verá vigoroso y productivo, sobre todo en los géneros populares: la sátira, la décima, la parodia; composiciones cortas escritas por manos anónimas que no podía correr el riesgo de firmar sus producciones, porque este tipo de versos se encamina casi sin excepciones a denunciar

las tropelías del colonialismo o la arbitrariedad de sus autoridades. La abundancia de tales publicaciones en hojas sueltas –fáciles de imprimir y de rápida y discreta distribución– comprueba la necesidad de un modo de expresión que buscaba manifestarse por vías separadas a las de la literatura oficial y cortesana” (p. 140). ¿Prácticas contestarias?, va a ser indicativo de una visible ruptura con el orden colonial, a partir de la parodización del obispo, el gobernador y el jefe de milicias. “Las tres más visibles personalidades de apoyo y sustento del orden colonial; orden cada día más ajeno a la sensibilidad y al pensar de un ser americano que, sin embargo, hallaba las maneras para expresar su frustración” (p. 146). Entre las estrategias de posicionamiento de las capas criollas, primer agente del proceso de diferenciación americana, se confirma el discurso americano como matriz fundamental del siglo XVIII.

Mención especial requiere *Lazarillo de ciegos caminantes*, aparecido en Lima “con pie de imprenta falso y la fecha de 1773 (p. 147), que marca ruptura con las posiciones anteriores, en vista de que constituye “un libro escrito en defensa del orden colonial y de los privilegios y derechos de España y sus funcionarios (...). El libro ofrece conocimiento del medio, y es parco al referirse a las virtudes de la persona del criollo, al tiempo que sus censuras en contra de los indios resultan crudas e indisimuladas, y se aumentan a medida que el relator ingresa en su viaje de suelo peruano” (p. 14).

El capítulo 4, *Albores de emancipación y resistencia del pasado* es el más amplio del libro y se inscribe, sin duda, en el último tercio del siglo donde la transición se anuncia y se traslapan aspectos del acontecer cultural con el nuevo siglo XIX. Por una parte, y de manera decisiva, la participación de los intelectuales en la determinación discursiva de la nación criolla va prefigurando la conformación de las naciones iberoamericanas. “El criollo empieza a definirse en ese encuentro y su pluma manifestará una posición política de modo menos dubitativa; su estilo asoma ya más desligado de las tutelas formales, temáticas e ideológicas que padecía. Para la expresión escrita de esta mentalidad se prefiere el ensayo, el tratado breve y, en cuanto a los contenidos, se inicia la formación de una genuina ideología criolla que nutrirá a la generación de la independencia” (p. 155). A propósito, el capítulo se inicia con Fray Servando Teresa de Mier, quien “se atrevió a negar la presencia del arzobispo y del virrey, se atrevió a negar la venerada creencia sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe; sostuvo que era conocida en México desde antes de la conquista, adorada entre los indios bajo el nombre de Tonantzin –nuestra señora– mucho antes de la venida de los españoles, desde cuanto Santo Tomás predicó el Evangelio en el Anáhuac bajo el nombre de Quetzalcoatl. Con este sermón que pretendía negar, o al menos disminuir, las proclamadas contribuciones de los españoles a la vida espiritual de las Indias se iniciaron sus desgracias: por sus palabras fue condenado a diez años de prisión y embarcado hacia España para pagar allá su falta” (p. 157).

Es en este capítulo donde la tensión entre las rupturas y las continuidades se manifiesta con mayor claridad: por una parte, la constitución de campo cultural-literario, y por otro, la adscripción al proyecto independentista constituyen los aspectos fundamentales, la existencia de ciertas redes y la participación de los letrados en la gestación de nuevos discursos y nuevas formas escriturales son la clave para la selección y lectura de los autores, sus obras y su inserción en el movimiento cultural-político de esta colonialidad tardía. El entramado que se viene elaborando desde los principios del libro, se anuda con el análisis presentado en el capítulo; de alguna manera, la línea argumental se intensifica, y los propósitos señalados en la introducción adquieren relevancia en un movimiento in crescendo, cuyo clímax narrativo se concentra en este apartado. Es el siglo XVIII, en su último tercio, el que prefigura, con claridad el proyecto independentista y con él, la afirmación de la conciencia criolla americana. A partir de esta referencia, la inclusión de autores y obras participa de la tensión entre la construcción de la narrativa de la emancipación o la oposición a esta: expresión de la primera Fray Servando Teresa de Mier, y de la segunda Pablo de Olavide con su texto *El evangelio en triunfo o historia de un filósofo desengañado*, impreso entre 1757 y 1778 y "muy popular entre los lectores del Viejo Mundo" (p. 172).

Las observaciones generales sobre la dinámica de fines de siglo se hacen más frecuentes, y se organizan en torno a las preocupaciones indicadas: crisis de la prosa ficcional "debida tal vez a la censura que se había impuesto en contra de la literatura festiva desde la Contrarreforma o por el prestigio que cobraban los géneros conceptuales" (p. 178); (...) modificaciones significativas "en las condiciones culturales, sociales y económicas" (p. 205); continuidades y rupturas de modelos discursivos. "El cultivo de una escritura menos polémica, más tradicional y acorde con el canon literario continúa en las Indias y se expresa a la perfección en los concursos literarios, tan frecuentes en las capitales virreinales durante el siglo" (p. 208) (...). "El amplio tema de la dominación española se termina de connotar de matices negativos y se refinan las denuncias anticoloniales; se apela a diversas formas de la prosa para expresa ese estado. Así, al ensayo se unen la memoria o el informe, como otros útiles medios de exposición conceptual. Tales textos empiezan a hacerse comunes entonces, aunque sin mayores pretensiones literarias, pero tampoco ajenos a los fines de la eficacia del bien decir, y con propósitos políticos bastante definidos" (p. 211); estamos en presencia de las nuevas orientaciones del incipiente siglo XIX, "donde se consagra la llegada de una época abierta a todos los logros de la razón universal: la literatura abandonará enteramente los excluyentes y trabajosos lenguaje y repertorio barrocos peninsulares para articular sus mensajes de modo más simple y efectivo: se prestigia ahora la noción de escribir para todo el pueblo y la obra se hace más funcional; es así como surgen en abundancia publicaciones periódicas donde se dan a conocer memorias, artículos, informes o ensayos breves, que muchas veces fueron producto de la pluma

de reputados hombres de letras, como la del hondureño José Cecilio del Valle, residente en la ciudad de Guatemala” (p. 212). Y es también la expresión poética la que autoafirma la narrativa de la emancipación: “En varios espacios de la poesía hispanoamericana de entonces ese conjunto de tópicos poéticos dedicados a la geografía, a la flora y a la fauna regionales, que prometían riquezas suficientes como para sustentar naciones independientes, se verá pronto enriquecido por el canto a los compatriotas que gloriosamente empezaban a destacarse en los campos de batalla. El siglo diecinueve iba a comenzar para el criollo con una guerra como no se había conocido en estos territorios, y los hombres de letras aportarán su talento, cuando no también su brazo (...)” (p. 262).

En este capítulo se procura también registrar otras pervivencias cultural-literarias, inclusión que confiere dinámica y densidad, y esboza áreas de conflicto en el establecimiento de la ciudad letrada.

El capítulo 5, *En vísperas de la independencia*, es el de cierre de la producción cultural-literaria del siglo XVIII ligada básicamente a la tradición española. Apertura con Sor Juana Inés de la Cruz, clausura y de nuevo apertura en continuo movimiento: “Si Sor Juana Inés de la Cruz es la figura que abre paso a las letras del siglo dieciocho, Andrés Bello va a dar inicio al nuevo período romántico, por virtud de la variedad y alcances de su producción ya declaradamente decimonónica, la que irrumpe apenas concluidas las cruentas guerras de emancipación”, con sus obras *Silvas americanas* [*Alocución a la Poesía y La agricultura de la Zona Tórrida*]; el siglo XVIII finaliza “en lo literario con la obra del pensador y novelista mexicano José Joaquín Fernández Lizardi, cuya vasta producción traza las líneas que en lo directo y en lo simbólico dan fin al dieciocho” (p. 271); con su obra “*El Periquillo Sarniento*, llamada la primera novela hispanoamericana, pero en rigor, última del siglo dieciocho y, por ello, término del período colonial” (p. 272), figura de transición, texto límite, la producción de Mariano Melgar Valdivieso —peruano— viene a sellar las contribuciones de los intelectuales en los discursos de emancipación: “su demanda será olvidar la colonia y abrir las miradas del criollo hacia todos los horizontes del planeta, bajo el nuevo orden republicano” (p. 277).

El resto del capítulo está dedicado a Fernández Lizardi, quien dará fin a la producción colonial y en quien se expresará un ideario del criollo hispanoamericano: “El ciudadano de la república debía ser uno muy diferente al súbdito colonial. A esta tarea entregó su vida de escritor y de hombre público *El Pensador Mexicano*” (p. 286).

El capítulo 6, *El Siglo XVIII Brasileiro*, es el último del libro y corresponde a una concepción diferenciada de la geografía colonial, donde la tradición cultural-lingüística priva sobre consideraciones de otro orden. Siempre desde la periferia, los procesos de modelización impulsados por la metrópoli van a ser constitutivos del campo cultural-literario brasileiro. Las variables de análisis de los capítulos anteriores van a regir también en este caso: la constitución e intervención

de diversas instituciones programadoras del orden colonial, las tensiones en la conformación de la narrativa de la emancipación y las ambigüedades genéricas son parte de la dinámica de este particular espacio, así, afirma el investigador: "Como en otras regiones del ámbito colonial, la literatura brasileña se vio también comprometida en el desafío que los intelectuales lanzaron a las monarquías que los sojuzgaban desde el Viejo Mundo (...). Por último, una apostilla al uso de los idiomas, lo cual estampó a las colonias un sello de sujeción indeleble con respecto al poder metropolitano: desde 1727 hay ordenanzas de la Corona para hacer del portugués el idioma único en sus vastísimas posesiones y desterrar así el uso del extendido tupí-guaraní, que los jesuitas dominaban y alentaban entre sus comunidades indígenas" (p. 301).

III.

El siglo XVIII representa, pues, el tránsito del orden colonial al orden republicano: "Se puede afirmar que ocurre, en el continente, en efecto, un proceso de transformaciones y superación del estado colonial anterior a 1750, para transitar desde entonces hacia formas de expresión capaces de dar cuenta de cierta situación de cambio que iba a conducir hacia la anhelada vida democrática y republicana (...). El cambio también se produce en el abandono definitivo de la retórica barroca y de sus patrones; se consagra una sintaxis y un uso léxico de procedencia neoclásica, algo más claro, menos rebuscado y con abierta aceptación de temas y vocabularios locales. Se buscaba una manera de expresión más clara porque se necesitaba de un modo de pensamiento más directo y sincero, también más local, propio" (pp. 304-306).

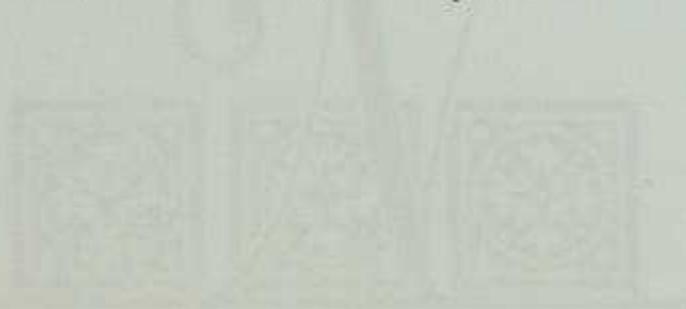
La lectura del siglo XVIII que nos ofrece Juan Durán Luzio está organizada en torno a la elaboración de una narrativa de la emancipación, narrativa que establece al mismo tiempo, el orden temporal y las rupturas y continuidades operadas durante el siglo. Es en relación con esta narrativa, como núcleo de significación discriminador, que las lecturas-escrituras de las más importantes figuras del siglo van a ser realizadas. Las persistencias en la conservación del orden colonial inscriben tensiones en la dinámica cultural-literaria del momento. Una de las más importantes tensiones tiene que ver con la constitución del campo cultural-literario ligada a las modelizaciones barrocas y a las modelizaciones discursivas fundadoras en el antiguo régimen; me refiero concretamente al campo de la producción considerada como "no ficcional" que, de manera consistente, evidencia constituirse en una de las manifestaciones escriturales de mayor importancia en América Latina.

Por otra parte, la gestación de la nación criolla se ve atravesada, en algunos casos, por la inclusión de "lo popular", inclusión que particulariza las "escrituras criollas", y se plantea como una de las importantes fisuras al régimen imperial, y

es reapropiado por la cultura letrada como uno de los componentes más importantes de la narrativa de la emancipación.

Si se habla de una narrativa de la emancipación, el componente del devenir histórico, especialmente focalizado en los procesos políticos de mayor importancia, cobra relevancia en la lectura de la producción cultural-literaria; es uno de los más importantes aspectos para explicar, organizar y valorar las escrituras del momento.

Como una última observación cabe resaltar la consulta y puesta en circulación de obras y autores muchos de ellos no tan conocidos y que representan una importante referencia para el análisis de dichos procesos.



NOTICIAS DE LIBROS

